

## SEGUNDA PARTE

### Ó LIBRO TERCERO

## DE LA HISTORIA ECLESIASTICA DEL CISMA DE INGLATERRA.

### AL BENIGNO Y PIADOSO LECTOR.

Estos años pasados, benigno lector, publiqué la *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*, con deseo de despertar los ánimos de los que la leyesen á la consideracion y ponderacion de las cosas tocantes á nuestra sagrada religion, tan notables y extrañas como son las que desde que comenzó han sucedido en aquel reino; para que, despues de consideradas, se maravillase de los profundos y secretos juicios de Dios, que ha dejado á un reino tan grande, y que solia ser tan católico, caer en un abismo de infinitas maldades, y permite que los herejes dél tengan brazo para afligir y perseguir con tanta fiereza á los católicos, y para que le alabasen y magnificasen por el esfuerzo y espíritu con que arma y fortalece á los mismos católicos, y les da victoria de todos sus enemigos. Porque entre los otros argumentos que tenemos para conocer y estimar la verdad de nuestra santa fe católica (que son innumerables y gravísimos), no es el menor el que nos dan los gloriosos mártires que murieron por esta misma fe, escrito con su preciosa sangre y sellado con el sello de su bienaventurada muerte; ni el ver cuán vanos y locos son todos los consejos y invenciones de los tiranos contra Dios, el cual con huestes de moscas y mosquitos los humilla y confunde, como lo hizo con Faraon, y por medio de los hombres y mujeres flacas, triunfa de todo el poder del infierno. Esto se puede muy bien ver en esta persecucion que la santa Iglesia católica padece al presente en Inglaterra; porque, siendo una de las más crueles y horribles que ella desde su principio ha padecido, hallarémos que le va bien con estos trabajos, y que con los vientos ásperos y contrarios llega más presto al puerto, y que por uno que muere por la fe católica, nacen ciento que desean morir por ella, y que son más los que pelean por nosotros que contra nos, y que cuanto es mayor el furor de Satanás y la rabia de sus ministros, y más impetuosas las ondas de sus persecuciones, tanto muestra ser más fuerte y firme esta peña viva, sobre la cual está fundada la Iglesia. No se puede fácilmente creer cuán terrible y espantosa sea esta tormenta que pasan los católicos en Inglaterra, los cuales andan por todas las partes del reino tan acosados y consumidos, que apenas pueden resollar. Quitanles las haciendas, privanlos de la libertad, apriétanlos con la aspereza y horror de las cárceles y prisiones, descoyúntanlos con atrocísimos tormentos, infámanlos por traidores, acábanlos con muertes crueles; todo el reino está armado contra ellos, y ellos muriendo vencen, y cayendo derriban á sus adversarios, y por el mismo camino que ellos pretenden arrancar la fe católica, el Señor la arraiga y fortifica más. ¿Cuántas veces acontece que los gobernadores de las provincias, y jueces, que comunmente son los más obstinados herejes de todo el reino, por la paciencia y modestia que ven padecer á los católicos, se convierten, y sustentan y ayudan secretamente á los mismos católicos muchos meses y años, ántes que ellos se descubran y sean conocidos por católicos; y que los mismos ministros y predicadores herejes, tocados de la mano del Señor, se vuelvan á él y abracen la fe católica, y con disimulacion la defiendan, y aun, favorecidos de la divina gracia, vengan á morir por ella, con tanto fervor cuanta era la perfidia con que ántes la perseguian? Pues ¿qué diré de los alcaides, porteros y guardas de las cárceles, que, con ser herejes fieros y los mayores enemigos de la fe católica, y que por ser conocidos por tales los ponen en aquellos oficios, mo-

vidos ellos y sus mujeres y criados de la vida y ejemplo de los católicos que tienen presos, se ablandan y rinden y entran por el camino de la verdad, y sin que se entienda, los proveen de todo recaudo para decir misa en la misma cárcel, y les dan libertad para escribir y recibir cartas? Y no pocas veces ha acontecido que algunos caballeros principales y criados de la Reina, siendo católicos encubiertos, se hayan arriscado á hacer decir misa en el palacio de la Reina, y aún sobre sus mismos aposentos. Y finalmente, cuanto más el demonio rabia y procura con todas sus artes ahogar esta semilla del cielo, tanto ella más nace y crece en las personas y lugares donde ménos pensaban, y en los mozos, hombres y mujeres, y que por razon de su edad y estado parece que debian gustar más de los regalos y deleites del mundo, se ven tantos y tan admirables efectos de la divina gracia, que los mismos herejes no los pueden negar, ni dejar de confesar su miedo y espanto. Éste es el dedo de Dios, éstas son sus obras, éstas sus maravillas, dignas de perpétua admiracion y alabanza. Pues habiendo sido tan bien recibida esta mi *Historia*, y seguidose, por la misericordia del Señor, algun fruto della, he querido yo añadir algunas cosas de las que, por brevedad, habia dejado en la primera impresion, y aún enriquecerla en este tercero libro ó segunda parte con las que despues que se imprimió han sucedido, y son de mucho peso y consideracion, y propias de lo que yo en ella pretendo, que es poner delante de los ojos de los que le leyeren esta persecucion y victoria de la Iglesia católica, cercenando todo lo que toca al estado y gobierno político, y no necesario para continuar esta tela que vamos tejiendo del cisma del reino de Inglaterra. Tampoco me obligo á abrazar y decir todo lo que hay, porque esto otros lo harán, sino de escoger algunas de las cosas más notables que han venido á mi noticia, y representarlas al piadoso lector para que se aproveche dellas, y para que en los siglos venideros quede la memoria desta obra tan señalada del Señor y deste triunfo de su esposa la santa Iglesia, y los herejes se confundan, y los católicos se edifiquen y esfuerzen, y Dios sea glorificado en sus mártires, y ellos sean más reverenciados y imitados de los fieles. Que por estos mismos fines que yo tengo en esta escritura, muchos santísimos y doctísimos varones tomaron trabajo de escribir las otras persecuciones que ha padecido la Iglesia, entre las cuales ésta de Inglaterra no es la ménos áspera y espantosa, ni ménos maravillosa y gloriosa que las demas.

### LIBRO TERCERO

## DEL SCISMA DE INGLATERRA,

EN EL CUAL SE TRATAN ALGUNOS MARTIRIOS, Y OTRAS COSAS QUE HAN SUCEDIDO EN AQUEL REINO  
DESPUES QUE SE PUBLICÓ LA PRIMERA PARTE DESTA HISTORIA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

El edicto que se hizo contra los católicos, por persuasion del Conde de Lecestre, y de su muerte y la de algunos siervos de Dios.

Despues que la Reina y los de su Consejo se vieron libres del miedo y espanto que habian tenido de la armada de España, súbitamente como leones se volvieron contra los católicos de su reino, para perseguirlos y acabarlos; y así, se hizo luego un edicto cruelísimo contra ellos, para buscarlos en todas partes, y ejecutar en ellos su rabia y furor. El principal autor deste edicto fué Roberto Dudley, conde de Lecestre, el cual era enemigo capital de la fe católica y de todos los que la profesaban, y tan furioso y bárbaro, que decia que deseaba ver pintada toda la ciu-

dad de Lóndres con sangre de católicos. Este desventurado hombre fué hijo de Juan Dudley, duque de Nortumbria, al cual le fué cortada la cabeza en el tiempo de la reina María, como á traidor, y cuatro hijos suyos fueron condenados á la misma pena, de los cuales era uno Roberto Dudley, y fué perdonado, con los otros sus hermanos, por la clemencia de la misma reina María, y despues de su muerte tuvo tanta gracia y cabida con la reina Isabel, que vino á ser el hombre más poderoso de todo el reino, en las cosas de la paz y de la guerra, gobernándolas á su voluntad. Era gobernador de Holanda y Celandia, capitan general del reino; tenía todas sus fuerzas en su mano, y no contento con estos favores y cargos, pretendia otro extraordinario y



supremo sobre todo el reino, el cual le había ya concedido la Reina; y hallando los de su Consejo dificultad en la ejecución, y no queriendo firmar y sellar la patente del nuevo cargo el Chanciller del reino, fué tanto lo que el Conde lo sintió, y lo que se embraveció (porque á los grandes señores y privados lléales al alma cualquiera resistencia que se les hace en cosa que quieran), que de repente le dió una enfermedad tan terrible, que luego le acabó con un género de muerte horrible y espantoso, aunque otros dicen que su segunda mujer le acabó, y que fué juicio de Dios, en castigo de la muerte que él había dado á su primera mujer y al Conde de Exestia, primer marido desta segunda. Pero de cualquiera manera que ello haya sido, vino tan á tiempo la muerte deste tirano, que todos los que le conocian y sabian su mal ánimo, y lo que trataba contra los católicos, lo tuvieron por una singular providencia del Señor, que con el castigo de hombre tan impio y malvado queria mostrar la que tiene de su Iglesia; porque, habiendo sido este hombre hijo de padre católico, y que estando ya en el cadalso para morir, exhortó con grande afecto á todo el pueblo que perseverase en la fe católica y se guardase de los herejes que arruinaban aquel reino (como en el segundo libro de la primera parte desta historia queda referido) (1), y con haberle hecho Dios merced de librarle de la muerte á que estaba condenado; no conociendo los dones del Señor, le volvió las espaldas, y desvanecido con la grande privanza de la Reina, y engañado con el viento próspero que le llevaba, se pervirtió de tal suerte, que para mostrarse más celoso servidor de la Reina, era el más cruel y furioso enemigo de los católicos que había en aquel reino, y se dió á una vida tan rota y tan perdida como era la religion que profesaba. Pero nuestro Señor le cortó los pasos, y despues de haberle levantado, le derribó de la manera que dijimos, para escarmiento de los hombres que, engañados de la prosperidad y de su blanda fortuna, se olvidan de la rueda en que ella está, y viven como si no hubiese Dios ó como si él no fuese justo juez, ni tuviese premio eterno para el bueno y castigo para el malo.

Con la muerte del Conde de Lecestre se suspendió por un poco de tiempo la ejecución del edicto, que estaba á punto; mas, porque Dios nuestro Señor había ordenado de hacer tan señalado servicio, como es darles la corona del martirio, á algunos siervos suyos que para tan alta dignidad había escogido, la Reina mandó que matasen á la mayor parte de los que el Conde había sentenciado en su vida, por parecerle que con la muerte del Conde los católicos tomarian ánimo y brío; y así fueron martirizados muchos siervos de Dios en diversos lugares del reino.

En Lóndres se levantaron seis horcas nuevas para ejercitar esta impia crueldad, y en las aldeas y villas cerca de Lóndres martirizaron á muchos, y to-

(1) Lib. II, cap. I.

dos murieron con grande constancia, paciencia y gozo de sus ánimas. Cuando estaban al pié de la horca los santos mártires, no los dejaban los herejes hablar al pueblo, porque con las palabras dellos no se alterase; y queriendo uno de los sacerdotes, llamado Deano, varon muy grave y letrado, declarar á los presentes la causa por que tanta sangre se derrama hoy dia en Inglaterra, los herejes le taparon la boca con tanta furia y violencia, que casi le ahogaron, y quedó amortecido. Mas, aunque no hablaban los mártires en aquel tiempo, su mismo silencio hablaba por ellos, y el ver morir á tantos y tan santos hombres inocentes y de vida ejemplar, y muchos dellos mozos nobles, que pudiendo gozar de los deleites desta vida, la dejaban con grandísima alegría, era un sermón muy eficaz para persuadir á los circunstantes que era verdadera aquella fe por la cual ellos con tanto espíritu y esfuerzo morian.

Aconteció en este tiempo en Lóndres, que llevando á justiciar á los bienaventurados mártires, una mujer principal, y que los conocia, los topó, y con fortaleza y pecho cristiano los animó para que muriesen con grande paciencia y constancia, como mártires de Jesucristo, y postrada á sus piés, les pidió la bendición; pero luego la prendieron los herejes y la llevaron á la cárcel.

A otro hombre católico, que, espantado de ver llevar á la horca tantos sacerdotes y legos juntos, se santiguó, como lo tenía por costumbre, luego le echaron mano, y con grande gritería y alboroto le echaron en la cárcel.

Pero otra cosa sucedió, de mayor edificación, y fué que estando uno destes mártires en la escalera para ser ajusticiado, pidió encarecidamente al pueblo que si allí había algunos católicos, rogasen á Dios por él, porque tenía necesidad de su favor y ayuda. Los católicos que estaban presentes, movidos destas palabras, pensaron que aquel siervo de Dios, en su trabajo y agonía, era combatido del demonio con alguna grave tentación, y comenzaron secretamente á rogar á Dios por él; mas entre los otros hubo uno más fervoroso, el cual, juzgando que pues el mártir no dudaba morir públicamente por la confesión de la fe católica, él tambien estaba obligado á honrarle y ayudarle allí delante de todos con su oración, se puso de rodillas, rogando con grande afecto y devoción á Dios por él; de lo cual quedó el mártir consolado y animado para morir, y los herejes tan turbados y enojados, que luego le prendieron para castigarle por aquel atrevimiento.

Entre los otros que esta vez murieron por la fe católica, fueron una mujer, llamada Margarita Warda, y otro mozo noble, por nombre Tomas Felton. La mujer fué sentenciada á muerte por haber dado ayuda á un sacerdote para que se saliese de la cárcel, y antes de darle muerte, por muchos dias la azotaron muy crudamente, y atada de los brazos, la colgaron y tuvieron suspensa en el aire, estando siempre con un ánimo tan alegre y varonil, que ponía admiración, y decia que aquellos tor-

mentos eran un ensayo, en que Dios la ejercitaba para el martirio que había de alcanzar por su misericordia; y así, llegada la hora de la muerte, la aceptó y sufrió con maravillosa constancia y edificación de los que la vieron morir.

El mozo Tomas Felton era noble, como dijimos, y de muy lindo aspecto, y sobrino del glorioso mártir Juan Felton, el que fué martirizado, algunos años ántes, por haber publicado en Lóndres la bula de Pio V contra la Reina (como queda escrito en la primera parte desta historia) (1), y por esto, y porque era mozo brioso y muy celoso en las cosas del servicio de Dios y de la religion católica, los herejes le cargaron de hierros y cadenas para cansarle, y le echaron en una cárcel muy sucia, entre ladrones, donde por tres meses y medio estuvo muy apretado y con muy mal tratamiento. Pero él no se trocó ni enflaqueció; ántes, acordándose que su tío había sido valeroso mártir de Jesucristo, y teniendo esperanza, con la gracia del mismo Señor, que él tambien lo podía ser, tuvo una extremada fortaleza y paciencia, la cual no pudiendo sufrir los herejes, le sacaron á martirizar, con grandísima lástima de todos los que le vieron morir; porque, demas de las partes tan raras de naturaleza que Dios le había dado, era adornado de excelentísimas virtudes, de piedad, devoción, fervor, sufrimiento en los trabajos, y de una mansedumbre singular áun para los mismos enemigos que le quitaban la vida.

## CAPÍTULO II.

Las caídas de dos católicos, y lo que el Señor obró por medio dellas.

Como los tormentos que los herejes dan á los católicos son tan atroces, y el artificio que usan para pervertirlos tan extraño, alguna vez permite Dios que caiga alguno de los que presumian de sí y se tenían por fuertes, para que las caídas de los tales nos sirvan de conocimiento de nuestra flaqueza, y de escarmiento, y las vitorias nos manifiesten más la bondad del Señor y nos animen y esfuerzen. En esta persecucion de que vamos tratando, permitió Dios que dos se dejasen vencer del temor y espanto de los tormentos (como tambien lo leemos de otros en las persecuciones pasadas), pero de manera, que sus caídas levantasen á muchos caidos, y á ellos mismos y á todos los católicos fuesen de admirable provecho. Uno dellos era sacerdote y se llamaba Antonio Tirelo, el cual, al principio por miedo, y despues engañado de su ambición y de las promesas y esperanzas que le dieron, se hizo hereje, y por persuasión de los ministros de la Reina, acusó falsamente á muchos caballeros principales de Inglaterra, y al doctor Guillermo Alano, y á los padres de la Compañía de Jesus y á otros sacerdotes, levantándoles que en Roma habían tratado con el papa Gregorio XIII, de feliz recordación, de matar á la Reina de Inglaterra y de revolver el reino, que es el color y capa

(1) Lib. II, cap. XXVIII.

con que los que ahora le gobiernan, procuran cubrir su impiedad y tiranía. Despues que cayó este desventurado sacerdote en un abismo tan profundo de maldades, el Señor, con su infinita misericordia, se apiadó dél, y le dió la mano y le tocó el corazón para que reconociese y llorase su culpa, y volviese á la fe católica. Y así se determinó de salir del reino de Inglaterra, para recogerse y llorar, y hacer penitencia de sus pecados con alguna quietud y seguridad; pero ántes de salir, escribió un papel, en el cual abjuraba sus errores y declaraba la falsedad y mentira con que había acusado á tanta gente noble, católica é inocente. Salió de Inglaterra y estuvo algun tiempo fuera della, viviendo como católico; mas despues, ó tentado del demonio, ó movido de liviandad ó de otro respeto vano, torció á ella, y como ya se había publicado la declaración que había hecho ántes de su fe é injusta acusación, los ministros de la Reina le prendieron, y con halagos y temores, con espantos y promesas, se esforzaron de persuadirle que volviese á su secta, y con otra declaración, contraria á la primera, manifestase su creencia, y testificase que era verdad todo lo que ántes había dicho contra los católicos. Para que esto se hiciese con mayor solemnidad y aplauso, y como quien triunfa de la religion católica, le mandaron que delante de todo el pueblo públicamente confesase su fe, y se desdijese de lo que había escrito, y abjurase la fe católica, y confirmase todo lo que se contenia en su primera acusación contra los sacerdotes y siervos de Dios. Él dijo que lo haria; mas como la conciencia le atormentaba, y el Señor, que le queria salvar, no le dejaba sosegar, y en su corazón era católico, despues de haberlo mirado mucho y encomendado á Dios, se resolvió de hacer lo que aquí diré.

En un dia señalado, en que había de hacer Antonio Tirelo su declaración, convocaron los ministros del demonio toda la gente de lustre que pudieron para que viniesen á la plaza de San Pablo (que es el templo más principal de la ciudad de Lóndres, y de mayor concurso del reino), donde se había de celebrar este auto tan abominable que ellos pretendian. Vinieron muchos caballeros y eclesiásticos, y consejeros de la Reina, con grande regocijo, y otra infinidad de gente concurrió tambien á la fiesta, por la expectación desta novedad, y por la voz que por toda la ciudad los mismos ministros habían derramado. Estando todo el auditorio ya junto y con grande silencio, subió al púlpito Antonio Tirelo, y con el rostro algo lloroso y turbado comenzó á dar razón de sí, y á manifestar las causas por que en aquel lugar tanta gente y tan principal se había congregado, y á decir con grande sentimiento que él era grandísimo y miserabilísimo pecador, enemigo de Dios y de su santa Iglesia, de la cual había apostatado, y perseguido á muchos varones inocentes, contra toda razón y justicia. Queriendo pasar adelante y declarar que era católico, y los engaños de los herejes, ellos le ataron la boca y le mandaron callar, y con grande rabia fueron á



él, y le echaron mano para derribarle del púlpito; más él llevó muchos traslados, que había escrito, de una protestación de su fe y abjuración de las herejías, y confesión verdadera de las mentiras que había dicho contra el Papa y contra los sacerdotes y caballeros católicos, por inducimiento y persuasión de los ministros de la Reina, con otras muchas y muy buenas razones, que andan impresas con su misma abjuración. Estos traslados y papeles arrojó y esparció allí delante del pueblo, diciendo á grandes voces: «Pues no me dejan hablar, ahí veréis lo que creo y lo que siento, y la verdad de todo lo que por mí ha pasado. Mi ánima ofrezco á Dios, y el cuerpo á todos los tormentos y penas que me quisieren dar los ministros de la Reina, que no me podrán dar tantos, que yo no merezca más. Fué grande el alboroto que hubo en todo el auditorio, y el ruido que este hecho causó en Londres, el sentimiento de los herejes, y el contento y esfuerzo de los católicos, y el furor con que los ministros de la Reina mandaron prender luego al sacerdote, al cual echaron en una horrible cárcel, para vengarse del y atormentarle con más atroces y exquisitos suplicios que á los demas.

El otro fué un mozo virtuoso ántes de la caída, pero simplicísimo, y así fué engañado de los ministros herejes; llamábase Juan Chapnia. Este, despues que cayó y fué puesto en libertad, luego comenzó á sentir el verdugo de la propia conciencia y arrepentirse y llorar su desventura. Escribió á un amigo suyo católico, que había dejado preso en la cárcel, una carta, en la cual dice estas palabras:

«Cuando yo estaba delante del tribunal de los jueces con mis compañeros para recibir la sentencia de la muerte y juntamente la corona del dichoso martirio que mi Señor, por su misericordia, me quería dar (¡ay dolor!), viniéronme á la memoria las palabras ponzoñosas que los ministros herejes me habían dicho el día ántes, las cuales me turbaron, y el temor de la muerte y la dulzura desta vida me trocaron el corazón y me hicieron perder la corona. Ando agora descarriado y como oveja perdida, traigo el corazón atravesado como con un clavo de intolerable dolor. Rogad á Dios por mí, y con mi ejemplo escarmienten todos, y no confíen en su fortaleza, ni den oídos á las razones engañosas de los herejes, que son como silbos de serpiente venenosa.»

Como los católicos supieron la tristeza y ánsias que este pobre mozo padecía por haber caído como flaco, animáronse y recatáronse, y hicieron más oración á Dios, para que los tuviese de su mano y no los dejase caer.

### CAPÍTULO III.

El martirio que se hizo en Oxonia, de dos sacerdotes y dos legos católicos.

No se contentaron los herejes con la sangre de los católicos, tan copiosa, que derramaron el año de mil quinientos ochenta y ocho, por la ocasión y modo que habemos referido; mas llevaron su cruel-

dad adelante, y el año de mil quinientos ochenta y nueve hicieron otros martirios no ménos atroces é ilustres que los pasados. Entre ellos, en la ciudad y universidad de Oxonia, en casa de una viuda vieja, muy católica, á media noche, con grande ruido prendieron á dos sacerdotes; el uno se llamaba Jorge Nicolas y el otro Yaxleo, ambos del seminario de Rems, y á un caballero, llamado Belsono, que había venido á visitar al padre Jorge, y á un criado de casa, que tenía por nombre Omfrido, muy siervo de Dios, el cual había servido con mucha devoción á los católicos necesitados más de doce años. A la viuda mandaron los ministros de justicia que tuviese su casa por cárcel y que diese buenas fianzas, y le embargaron toda su hacienda, y á los cuatro, dos sacerdotes y dos legos, presentaron al vicescancelario de la universidad, que los examinó, en compañía de algunos otros jueces. El sacerdote llamado Jorge, en presencia de gran muchedumbre de gente, con voz alta y clara y ánimo valeroso dijo: «Yo confieso que, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, soy sacerdote de la verdadera, santa, católica y apostólica Iglesia romana.» No fué menester más para llamarle traidor á él y á los demas, y para apretarlos y afligirlos terriblemente, y más cuando vieron que el dicho sacerdote había confundido y hecho callar vergonzosamente á algunos ministros herejes que quisieron disputar con él. Y así, despues de haberlos tenido en la cárcel, y sacádoslos algunas veces encañados y cargados de prisiones á su audiencia, y no podido convencerlos, ni sacar dellos cosa de las que querían, ordenaron los jueces que todos cuatro se llevasen á Londres con la mayor deshonra que se pudiese; y así se hizo, padeciendo por todo el camino infinitas injurias, afrentas y malos tratamientos, por la crueldad y fiereza de los sayones que los acompañaban. Llegados á Londres, no se puede fácilmente creer los gritos, blasfemias y palabras injuriosas con que fueron recibidos de todo aquel pueblo hereje y malvado. Salía toda la gente á verlos, como á unos monstruos, y acompañarlos hasta la cárcel; mas ellos iban apercebidos y armados de paciencia, para sufrir con alegría todas las afrentas y penas que sus enemigos les quisiesen dar, por amor de su dulcísimo Salvador Jesucristo, cuya cruz tenían metida en su corazón. Despues que estuvieron en las cárceles de Londres algunos días, fueron presentados á Francisco Valsingamo, secretario del Consejo de Estado, que era grandísimo hereje é inimicísimo de los católicos; éste les preguntó muchas cosas, para enredarlos y tener ocasión de perseguir á los que los habían recibido en sus casas y favorecido; pero el padre Jorge Nicolas no respondió, sino que todos eran católicos, y el sacerdote (aunque indigno) de la Iglesia romana. Aquí el hereje exclamó y dijo con grande furia: «Si sois sacerdote, ¿luego sois traidor á la corona real?» A lo cual respondió el siervo de Dios: «Yo me maravillo mucho, señor, desta vuestra consecuencia, porque el primero que alumbró

á este reino de Inglaterra y le sacó de las tinieblas de la idolatría fué sacerdote, los que despues nos han enseñado la luz evangélica y la fe que profesamos fueron sacerdotes, los que más han ilustrado y honrado este reino en todo género de cosas han sido sacerdotes.» A esto respondió el secretario: «Entonces los sacerdotes tenían otro oficio que el vuestro, que es turbar el reino y alborotarle contra la Reina.—Si predicar el evangelio de Jesucristo, dijo el sacerdote, y enseñar á la gente inorante la verdadera fe y religion católica, es turbar el reino, yo os confieso que nosotros los sacerdotes le turbamos; mas si hay grandísima diferencia de lo uno á lo otro, ¿por qué haceis tan grande injuria á Dios y tan notable agravio á sus ministros?» Finalmente, como no pudiese sacar lo que deseaba, echaron á los dos sacerdotes en una casa infame, con los hombres facinorosos y perdidos, y allí los atormentaron y los tuvieron colgados en el aire por espacio de quince horas, sin poder sacar palabra de las que pretendían, sufriendo con grande paciencia y alegría los santos sacerdotes las penas que les quisieron dar. Como no les sucedió el camino de los tormentos, volviéronse los herejes á sus mañas y artificios. Enviaron á un hombre de manga, bien instruido, para que se fingiese católico y se confesase con ellos, y les dijese que él era católico y deseaba ser enseñado en las cosas de nuestra santa fe, y que como había tanto peligro y tantas espías y católicos fingidos, no se osaba descubrir á nadie, sino á ellos, por ver la merced tan señalada que Dios les hacía de ser mártires y padecer por su fe; que les rogaba que le instruyesen en lo que debía hacer, y que le dijese á qué persona podría él acudir para que en su lugar encaminase su ánima á la vida eterna. El padre Jorge, que demas de ser hombre docto y siervo de Dios, era también muy prudente, olió luego la malicia, y diciéndole lo que le pareció, no quiso pasar adelante ni nombrarle persona. Con esto el falso católico quedó burlado, y hizo echar al padre Jorge en una sucia y honda cueva, llena de sabandijas ponzoñosas, y al otro llevaron á la Torre de Londres, amenazándolos con nuevos tormentos. Allí estuvieron hasta que el Consejo determinó que ellos y los otros dos legos fuesen vueltos á la ciudad de Oxonia, y que para temor y escarmiento de los estudiantes, se hiciese justicia dellos en aquella ciudad. Con esta resolución, los volvieron á Oxonia con el mismo y aún mucho peor tratamiento que los habían traído. Ante todas cosas sentenciaron á la buena vieja, en cuya casa habían sido presos, á cárcel perpétua y á confiscación de todos sus bienes; y ella era tan católica y tan sierva de nuestro Señor, que tuvo por muy buena paga de los servicios que le había hecho en hospedar treinta años á los católicos y sacerdotes en su casa, el verse despojada della y de todos sus bienes, y perdida su libertad; y deseaba y pedía á Dios que le diese gracia para morir con sus padres y hermanos espirituales. Hecho esto, se dió la sentencia

P. R.

contra los clérigos, que fuesen arrastrados y ahorcados y hechos cuartos, como traidores, porque habían sido ordenados con autoridad del Papa, contra el mandato de la Reina, y por haber entrado en su reino sin su licencia, para alborotarle y enseñar doctrina falsa; y á los dos legos, que los ahorcasen, por haber sido compañeros y encubridores de los dichos sacerdotes.

Oida esta sentencia, los siervos de Dios le dieron muchas gracias por aquel beneficio inestimable que les hacía, y se abrazaron unos á otros, mostrando grandísimas señales de alegría; y el día que los sacaron para darles la muerte, con un semblante devoto y alegre saludaron á una grande multitud de gente que los estaba aguardando, diciendo: «Venimos á morir por la confesión de la fe católica, que es la fe de nuestros padres y de nuestros abuelos.»

El primero que se ofreció al sacrificio fué el padre Jorge, el cual hizo primero oración al Señor, y luego la protestación de su fe; y queriendo hablar algunas palabras al pueblo, no le dejaron, y así acabó santamente su vida. Tras él fué el otro sacerdote, el cual, como tenía á Jorge por maestro y padre, se abrazó con su cuerpo muerto, y pidió á su ánima que rogase á Dios por él; y queriendo hablar al pueblo, tampoco se lo permitieron, y hecha la confesión de la fe, murió con grande sentimiento de todos los circunstantes, porque era mozo noble, y de muy buena gracia y agradable aspecto. En tercero lugar vino el caballero Belsono, el cual era mozo y muy gentil hombre, y llegando á la horca, como viese los cuerpos muertos de los sacerdotes, y que los hacían cuartos, los besó con grande ternura y reverencia, pidiendo á las ánimas dellos (que ya estaban gozando de Dios) que le alcanzasen gracia para seguirlos con fortaleza y constancia, porque él se tenía por muy dichoso por haber sido su espiritual hijo, y por haberse de presentar á Dios con tan buena compañía; y con esto dió el espíritu al Señor con mucha alegría.

El postrero que cumplió este glorioso auto fué el buen criado Omfrido, el cual subió al lugar del martirio, como si fuera á alguna fiesta, con rostro alegre y risueño. Estando ya en la escalera, se volvió al pueblo y dijo: «Buena gente, yo os llamo por testigos, en la presencia de Dios y de sus ángeles, que muero hoy por la confesión de la fe católica.» Enojóse un ministro hereje destas palabras, y dijo: «Desventurado de tí, ¿aún no sabes qué quiere decir católico, y hablas desta manera?» Respondió el mártir: «Bien sé lo que es ser católico, aunque no lo sé explicar con palabras de teología, y también sé lo que debo creer y lo que vengo á testificar con mi sangre, que es todo lo que cree la santa madre Iglesia romana;» y con esto se despidió de todos, y murió santamente.

Este espectáculo y esta justicia que se hizo en Oxonia, causó grande sentimiento en los que se hallaron presentes, y no menor admiración, la cual se acrecentó más con la novedad de lo que aquí diré. Los cuartos de los dos sacerdotes y santos mártires.



tires, conforme al tenor de la sentencia, se pusieron, con sus cabezas, sobre las murallas viejas del castillo de Oxonia, adonde los ministros herejes fueron despues á verlas con grande contento y regocijo; y como las viesan muy lindas, con la rabia y espíritu diabólico que traen consigo, arremetieron á ellas y les dieron muchas cuchilladas en las caras, para afeirlas y desfigurarlas; y por esta causa, los jueces despues las mandaron quitar y ponerlas, con sus cuartos, sobre las puertas de la ciudad.

Allí colgaron los cuartos delanteros de tal manera, que las manos de todos caian hácia abajo; pero fué cosa maravillosa que la mano derecha del sacerdote Jorge se halló de suyo levantada hácia arriba y como amenazando á la ciudad; y aunque los herejes procuraron (como suelen) escurecer esta maravilla, y sembraron que era cosa natural y algun encogimiento de nervios, todavia todos los católicos y los más de los mismos herejes entendieron que era obra sobrenatural y propia del Señor; porque, habiéndose cocido aquellos cuartos en agua hirviendo, no veian cómo se pudiese causar aquel encogimiento de nervios que los otros decian, especialmente acordándose que el dicho padre, estando delante de los jueces, y viendo la maldad y injusticia con que los condenaban, aún contra las mismas leyes del reino, les habia dicho que advirtiesen bien que habia otro juez más grande y poderoso, que les tomara residencia y condenaria aquella impiedad con pena eterna. Y como no le quisieron oír vivo, parece que nuestro Señor quiso que muerto los amenazase y predicase. Confirmóse esta opinion por la que comunmente tenia todo el pueblo de la santidad del padre Jorge, y del fervor, celo, caridad y alegría con que continuamente se habia ocupado seis años por toda aquella tierra en ganar ánimas para Dios. Y porque se acordaban de algunas cosas notables y maravillosas que Dios habia obrado por él en este santo misterio. Entre ellas fué una, que estando un mancebo hereje, llamado Areot, preso en el castillo de Oxonia, por haber sido ladrón famoso y por muchos gravísimos delitos que habia cometido, algunos católicos que en la misma cárcel estaban presos con él, le comenzaron á persuadir que reconociese sus culpas, y se volviese á Dios y á la fe católica, y que pues habia de morir, que muriese como católico y tomase aquella muerte en pago de sus graves culpas. Y como el mozo era de buen natural y entendimiento, abrió el corazón al rayo de la divina luz, y mostróse aparejado para hacer lo que los católicos le aconsejaban. Ellos dieron aviso por cartas al sacerdote Jorge, y él les dió la orden que habian de tener para disponer aquel ánima á reconocer y llorar sus culpas, y aparejarse á confesarlas al tiempo que él avisaria; y guardándose la orden que él habia dado, el ladrón, con la divina gracia, vino á tener tan grande sentimiento de sus pecados, que de noche y de dia no hacia sino derramar lágrimas, deseando ya morir por satisfacer á Dios por ellos. Fué avisado una noche que la mañana siguiente

habia de morir, y luego se fué á los católicos, y echándose en el suelo, dijo: «Héme aquí, señores padres y maestros míos; héme aquí, yo muero, y muero sin confesion.» Pasó toda aquella noche en llorar sus pecados y hacer penitencia, y rogar á Dios que no le desamparase en aquella necesidad. La mañana siguiente se publicó la justicia que se habia de hacer. Concurrió grandísima multitud de gente de toda aquella comarca, por ser el ladrón muy conocido y famoso. Entre los otros que vinieron, vino el buen Jorge, que habia sido avisado de los católicos; pero disimulado y en hábito de caballero, y entró como pariente del ladrón en la cárcel, y como quien venia para visitarle y consolarle. Despues de haberse saludado en presencia de todos, se apartaron un poco de la gente, debajo de un árbol que estaba en el patio de la cárcel, y allí, como quien le consolaba y exhortaba á la muerte, le estuvo hablando, y el ladrón se confesó con grandísima abundancia de lágrimas, y el sacerdote Jorge secretamente le dió la absolucion, y abrazándose, se despidió del, y se salió de la cárcel sin ser conocido. Luego el ladrón se declaró por católico, y por más asaltos que los herejes le dieron, nunca le pudieron trocar ni pervertir; antes, cuando le llevaron á la horca, con grande alegría dijo que si tuviera mil vidas, las diera todas de muy buena gana por la confesion de la fe católica; y decia esto con tanto afecto y devocion, que besaba los instrumentos de su muerte, las ataduras, la soga, la escalera, la horca, hasta al mismo verdugo; causando admiracion la mudanza que el Señor habia obrado en el corazón de un salteador de caminos, y dando confianza de perdon á cualquiera pecador, por grave que sea, que se quisiere convertir, y mostrando la fuerza que tiene para convertir ánimas la religion católica, que en esto (como en las demas cosas) es divina, y es diferentísima de todas las sectas de infieles y herejes, y de cualquiera falsa religion.

#### CAPÍTULO IV.

Otros mártires que murieron en Londres.

El año de mil quinientos y noventa fueron presos Eduardo Jones y Antonio Mideltono, sacerdotes. El primero habia estado muchos años en Inglaterra y hecho grande fruto en las almas; porque, como tenia poca barba y parecia de pocos años, no le tenían por sacerdote, y así podia estar más disimulado. El segundo habia poco antes venido á Inglaterra; mas, porque era hombre fervoroso y de grande talento en el predicar, tuvo grande nombre entre los católicos, y por esto mismo fué muy aborrecido y perseguido de los herejes. Ambos fueron presos en Londres por engaño de ciertas espías, que, siendo herejes, para descubrirlos y cogerlos mejor, se fingian católicos. Luego que los prendieron, hicieron levantar dos horcas delante de las casas donde fueron presos, y sin examinar la causa, ni hacer proceso, ni dar sentencia, fueron ahorcados y descuartizados, y puesto un título sobre las horcas con estas palabras: *Por*

*traicion y por favorecer la invasion deste reino, que pretenden los forasteros; queriéndolos hacer con esta deshonra más odiosos al pueblo. Mas claramente se ve que la inocencia y constancia de los justos puede más que la malicia y artificio de los herejes; porque en la ciudad de Londres, donde ellos padecieron, el pueblo que estaba presente cuando martirizaban algun católico, solia ántes dar voces y á grandes gritos llamarle traidor, y despues acá no lo hace; ántes los más callan, y vuelven á sus casas tristes, melancólicos y confusos.*

El padre Antonio Mideltono, estando sobre la escalera para ser colgado, pidió licencia para hablar cuatro palabras al pueblo, y no le fué concedida, y dijo: «Pues que no puedo hablar largo, solamente os digo que yo llamo á Dios por testigo que me dan la muerte por la religion católica romana, y por ser sacerdote y predicar la palabra de Dios, y suplico á su divina Majestad que acete esta muerte en remision de mis pecados, y que con ella se confirmen en su santa fe los católicos y se conviertan los herejes. A estas palabras respondió un caballero que estaba á caballo entre la otra gente para ver aquel espectáculo: «Bien habeis dicho, padre, y muy á propósito, y eso basta»; el cual, con otro caballero compañero suyo, fué luego preso y llevado á la cárcel.

En el principio de cuaresma hicieron morir en Londres al padre Cristóbal Vales, sacerdote, mas en diferente manera, porque fué con capa de justicia y por via de proceso, y porque, siendo sacerdote ordenado con autoridad del Papa, y estado en Roma, habia entrado en Inglaterra, contra sus leyes, y por esta sola causa fué condenado. Antes le atormentaron cruelísimamente para saber dónde habia dicho misa, y quién le habia acogido en su casa y sustentado, y le tuvieron casi veinte y cuatro horas colgado en el aire, descoyuntándole; mas fué tan grande su constancia, sufrimiento y modestia, que edificó extrañamente á los católicos y admiró á los herejes.

Al tiempo de pronunciar la sentencia, preguntándole los jueces si tenia más que alegar en su defensa, dijo: «Una sola cosa me queda por preguntar. Si san Agustin, el que fué enviado de san Gregorio papa á Inglaterra, y fué el predicador y maestro de su fe, haya sido traidor ó no.» Y respondiendo ellos que no, dijo el Santo: «Pues ¿por qué me acusais y me condenais á mí á la muerte como á traidor, que he sido enviado á Inglaterra de la misma Silla Apostólica que envió á Agustin, y he venido para el mismo fin que vino él, y no se me puede oponer cosa que no se haya podido oponer á san Agustin?» Pero no aprovecharon estas palabras ni razones para que no fuese condenado, y juntamente con él un ciudadano de Londres, llamado Hornero, por haber dado recado á algunos sacerdotes. A éste le sucedió una cosa notable la noche ántes que muriese, y fué, que estando rezando de rodillas en la cárcel oscura, con vela, vió sobre la sombra de su cabeza una corona, y ponién-

dose las manos sobre la cabeza, no halló cosa en ella.

Levantóse y comenzó á pasear para ver si aquella era imaginacion y engaño de la vista; mas, como él se movia, se movia tambien la corona sobre la sombra de la cabeza, y duró esta vision una hora, con la cual quedó él muy consolado, porque le pareció que con aquella señal el Señor le llamaba y le animaba al martirio. Y echóse bien de ver el dia siguiente el efeto deste regalo de Dios, porque murió con extraordinaria fortaleza y alegría.

Volviendo de España, este año de mil quinientos noventa, dos religiosos de la orden de santa Brigida (adonde habian venido á suplicar á la majestad del Rey Católico que socorriese al monesterio de las monjas inglesas de la misma orden, que está en Ruan de Francia, echado de su patria), y llevando muy buen despacho, y doblada la limosna que ántes les daba su majestad, fueron presos de los herejes de la Rochela, por traicion del capitán de la misma nave en que iban. En la Rochela fueron presentados al Principe de Biarne, y por su orden fueron examinados y tan maltratados por muchos dias, que si no fuera por un frances católico, que secretamente les dió de comer, murieran de hambre en la misma cárcel.

A cabo de muchos dias los mandó entregar Van doma á un hereje inglés, para que los llevase presos en su nave á Inglaterra, porque, como vió que eran pobres y constantes, y que no podia sacar dellos ni rescate ni aviso, quiso ganar gracias con la Reina de Inglaterra, enviándole este presente. El capitán de la nave inglesa á quien fueron entregados era hombre fiero y bárbaro, y tal, que no parece que tenia cosa de hombre, y así los trató con grande y extraña aspereza. Y para que los siervos de Dios padeciesen y mereciesen más, la navegacion de la Rochela á Inglaterra, que suele ser de muy pocos dias, duró sesenta, y en todo este tiempo, demas de andar los padres cargados de hierros y cadenas, y desabriganos y casi desnudos en lo recio del invierno, no les daban de comer sino unas pocas de habas saladas con agua, sin pan, y éstas en tan poca cantidad, que perecian de hambre. Era de manera, que los mismos herejes que iban en la nave lo decian al capitán; pero él era tan obstinado y tan enemigo de los religiosos, que no se movia por cosa que se le decia; ántes atribuía las tormentas y vientos contrarios que padecia su nave, al llevar en ella aquellos enemigos de Dios (que así los llamaba), y por esto trató algunas veces de echarlos en la mar, para que se ahogasen. Aunque, cuando estaban en algun grande peligro y necesidad, la propia conciencia le hacia conocer que eran amigos de Dios, y así les hablaba con blandura, pidiéndoles que rogasen á Dios que la nave se salvase, y prometiendo de tratarlos mejor. Mas como aquel sentimiento no nacia de virtud, sino de miedo, y era exprimido como por fuerza, en pasando el peligro volvía á su natural crueldad. Llegaron pasados dos meses, con muchos y largos